

Dan Sperber.

¿ES PRE-RACIONAL EL PENSAMIENTO SIMBÓLICO?

I. EL PROBLEMA

I.1. En su introducción a la psicología cognitiva, Ulric Neisser (1967) observa:

"Históricamente, la psicología ha reconocido desde hace largo tiempo la existencia de dos formas diferentes de organización mental. Esta distinción ha sido denominada de distintas maneras: forma "racional"/"intuitiva", "constrictiva"/"creativa", "lógica"/"prelógica", "realista"/"autista", "proceso secundario"/"proceso primario". Colocar estos términos juntos sin más precaución podría inducir a error (...). Sin embargo, todas estas dicotomías están unidas entre sí. En ciertos casos el pensamiento y el recuerdo son deliberados, eficaces, y claramente orientados hacia un fin; más aún son claramente percibidos como autodirigidos. En otros casos la actividad mental es rica, caótica e ineficaz; tiende a ser percibida como involuntaria; simplemente ocurre. A menudo parece estar motivada, pero no de la misma manera que el pensamiento dirigido; parece estar menos orientada hacia un fin que asociada a una emoción" (p. 297).

Una oposición tan vaga y muy parecida se encuentra en antropología bajo muchas denominaciones, por ejemplo: "pensamiento lógico"/"prelógico", "científico"/"mágico", y, la más común en la actualidad, "racional"/"simbólico".

* Agradezco a los participantes en el coloquio sobre los **Fundamentals of symbolism** que tuvo lugar en el mes de julio de 1977 en Burg Warstein bajo los auspicios de la Fondation Wenner-Gren, por sus comentarios sobre una versión anterior de este artículo.

Los antropólogos modernos no pondrían en duda que el pensamiento racional sea en general deliberado, eficaz y orientado hacia un fin. Pero en lo tocante al pensamiento simbólico, han intentado demostrar que es menos caótico e ineficaz de lo que parece. En vez de oponer lo racional a lo simbólico como lo coherente a lo caótico o lo eficaz a lo ineficaz, preferirían oponer el carácter directo en un caso, indirecto en el otro de la coherencia y de la eficacia. A pesar de estos matices importantes, la distinción fundamental que entre dos maneras de pensar hacen los psicólogos por una parte y los antropólogos por otra, es esencialmente la misma. Mi propósito aquí es aclarar esta distinción, no ponerla en duda. Lo que deseo poner en tela de juicio, por el contrario, es la hipótesis de la que generalmente va acompañada esta distinción y según la cual los procesos mentales simbólicos serían "primarios" o "primitivos" o "pre-racionales" en un sentido o en otro. Se trata por lo demás más bien de tres hipótesis distintas:

- Una hipótesis filogenética o histórica según la cual el pensamiento racional sería el resultado de un desarrollo tardío en la historia de la especie humana, después de un primer estadio en el que toda forma de pensamiento habría sido simbólico. Lucien Lévy-Bruhl (1910, 1922, etc.) con su tesis de una mentalidad prelógica, fue el mejor defensor de esta concepción que, a pesar de las numerosas críticas, particularmente las de C.Lévi-Strauss en **El pensamiento salvaje** (1962), es aún muy a menudo aceptada, aunque sea implícitamente.

- Una hipótesis ontogenética según la cual la racionalidad conceptual es, en el desarrollo del niño, una adquisición posterior a un estadio caracterizado, en términos de Piaget (1968), por representaciones "preconceptuales", y "simbólicas".

- Una hipótesis cognitiva sobre la génesis de los pensamientos particulares, según la cual el pensamiento racional sería una explotación y una utilización más dirigidos y más atentos del pensamiento simbólico. En términos de Neisser:

"El pensamiento racional es "secundario" en el sentido en que trabaja sobre objetos ya formados por un "proceso primario". Si, como en ciertos sueños y en ciertos estados de desorden mental, estos objetos no reciben una elabora-

ción secundaria, no nos formamos de ellos más que una impresión fugitiva e imprecisa (...). Los mismos procesos múltiples que producen estas impresiones fugaces e intangibles sin embargo son también preliminares esenciales para el pensamiento dirigido". (1967, p. 203).

Aunque estas tres hipótesis, la histórica, la ontogenética y la cognitiva sean generalmente recogidas en una sola, son mutuamente independientes y no hay ninguna razón lógica para adoptarlas todas simultáneamente. En cambio, podrían ser refutadas las tres conjuntamente si se demostrase la hipótesis inversa a la tercera. En efecto, si se comprueba que el pensamiento simbólico es necesariamente construido a partir de un mínimo tratamiento racional previo, entonces el simbolismo no tendría que haber precedido la racionalidad ni en la historia de la humanidad ni en la de los individuos. Tal es la concepción en cierto modo paradójica que deseo defender aquí. Para ello, la argumentación se basará esencialmente sobre modelos de psicología cognitiva; pero la elección de uno de estos modelos puede entrañar importantes consecuencias para la psicología del desarrollo y para la antropología.

I.2. Una cosa vista, oída, sentida en resumen un estímulo suscita diversos tipos de procedimiento mental. Primeramente el estímulo puede ser identificado, reconocido como relevante de una categoría conceptual particular. Por ejemplo, a una onda sonora se asociará la proposición elemental: "este es el sonido del timbre", tal forma de tratamiento depende de la percepción.

En segundo lugar, el estímulo identificado puede recordar otras representaciones mentales. por ejemplo un sonido de timbre inesperado puede hacer pensar en alguien cuya visita uno desearía recibir. Este tipo de tratamiento es habitualmente descrito en términos de asociación de ideas, de connotación, o de significación simbólica. Aquí yo emplearía la expresión más neutra de "evocación simbólica".

En fin, la identificación de un estímulo puede servir de premisa en un razonamiento: por ejemplo, la identificación de un sonido de timbre, nos lleva a deducir que alguien quiere que se le abra la puerta. Este es el tipo de procedimiento que está en el origen del pensamiento racional.

Se llamará "dispositivo" al conjunto de operaciones que intervienen en un

mismo tipo de procedimiento. Se denominará "dispositivo perceptual" al dispositivo que acepta como **input** la información facilitada por estímulos externos y que emite como **output** una identificación de los estímulos bajo forma de proposiciones elementales. Se llamará "dispositivo simbólico" a un dispositivo que admita como **input** proposiciones (provenientes del dispositivo perceptual o bien de otras fuentes) y que da como **output** otras proposiciones evocadas por el **input** y recuperadas de la memoria a largo plazo o construidas a partir de ella. Recibirá el nombre de "dispositivo racional" un dispositivo que acepte como **input** proposiciones y que genere como **output** otras proposiciones lógicamente derivadas del **input** (y de premisas disponibles en la memoria) (*).

Estas nociones permitirán plantear sobre los procesos mentales simbólicos y racionales tres hipótesis incompatibles entre sí pero compatibles cada una de ellas con los datos más generales. Nada cierto en efecto impide concebir que la información derivada del dispositivo perceptual sea en principio tratada simbólicamente y después racionalmente, o bien que sea tratada simultáneamente de las dos maneras, o por último que sea considerada antes racionalmente y después de manera simbólica.

La primera hipótesis (fig. 1) es la más comúnmente aceptada: el **output** del dispositivo perceptual sirve de **input** al dispositivo simbólico; el **output** del dispositivo simbólico puede servir de **input** al dispositivo racional (ambos dispositivos abastecen la memoria y tienen acceso a ella). Esta hipótesis está de acuerdo con ciertas intuiciones muy generales: si no se ha realizado ningún esfuerzo personal, si nada mantiene al sujeto en estado de

* Los términos **input**, **output** y **feed-back** son tres conceptos claves en la denominada "teoría general de sistemas". En **Input** equivale a "entradas" o datos, en este caso; **output** se refiere a las "salidas" o respuestas más o menos elaboradas; **feed-back** corresponde a la "retroalimentación" o retroacción de ciertas variables sobre el sistema, es decir, refuerza el sistema controlando ciertas variables -conductas- que pudieran poner en peligro la viabilidad del mismo (feed-back negativo) al tiempo que pueden reforzar otras que hacen que el sistema se auto-regenere (feed-back positivo) (Cfr. por ejemplo Ludovico von BERTALANFFY, *Teoría general de los sistemas*, FCE., México, 1980; Manuel GARCIA VELARDE y Victor FAIREN DE LAY, "Estructuras disipativas. Algunas nociones básicas/1", *El Basilisco*, n. 10, May-Oct 1980, pp. 8-13. (N. del T.)

de alerta, el recuerdo tiende a ser la actividad ordinaria del espíritu. Diversas ideas débilmente conectadas son suscitadas por estímulos externos o las unas por las otras sin gran orden. Por el contrario, es preciso un cierto esfuerzo para pensar racionalmente, por ejemplo para construir o comprender un argumento lógico. En este caso un número más reducido de ideas sólidamente conectadas es tratado con orden. En todos los casos, parece existir aquí una correlación positiva entre la energía empleada, la selectividad de la rememoración y el grado de organización del pensamiento. Parece lógico suponer que un mayor grado de organización, característico del análisis racional, se desarrolla a partir de un menor grado de organización, característico del tratamiento simbólico, más bien que lo contrario.

La segunda hipótesis (fig. 2) es la menos consistente y la menos interesante: el **output** del dispositivo perceptual sirve de **input** simultáneamente al dispositivo simbólico y al dispositivo racional. En el marco de esta hipótesis, se supondrá que, según el grado de atención, o bien el dispositivo simbólico, o el dispositivo racional realizan la mayor parte del tratamiento global.

La tercera hipótesis (fig. 3) es la más paradójica: el **output** del dispositivo perceptual sirve de **input** al dispositivo racional y el **output** del dispositivo racional puede servir de **input** al dispositivo simbólico. Se puede suponer que si se dedica una energía suficiente al tratamiento racional, el tratamiento simbólico puede no originarse. A la inversa, si el análisis racional no se desarrolla lo suficiente, el tratamiento simbólico toma el relevo. Cuando el tratamiento racional es mínimo, el tratamiento global es esencialmente simbólico y puede incluso dar la falsa impresión de serlo completamente.



figura 1.



figura 2.



figura 3.

Estas tres hipótesis son compatibles con los datos introspectivos más generales. Sucede lo mismo con las tres hipótesis un poco más complejas que pueden elaborarse a partir de las primeras introduciendo los circuitos de **feed-back** (flechas discontinuas en gráfico) y la posibilidad de un tratamiento cíclico. Parece verosímil que el tratamiento de la mayor parte de las informaciones pone en juego semejante interacción entre los dispositivos simbólico y racional. Pero aún cuando este mismo factor de complejidad es introducido en el modelo, el problema persiste: en esta interacción, ¿qué tipo de tratamiento abre el ciclo?. ¿Qué dispositivo recibe directamente el output del dispositivo perceptual? ¿El simbólico?. ¿El racional? ¿Los dos dispositivos al mismo tiempo?. Los tres modelos están siempre en liza.

No existen ni razones de peso, ni consideraciones filogenéticas u ontogenéticas que permitan discernir entre estos tres modelos. El problema radica ante todo en determinar qué datos suplementarios permitirían una selección bien fundada. Los rasgos apropiados mostrarían por ejemplo que el tratamiento racional supone un mínimo tratamiento simbólico previo, o bien que el tratamiento simbólico presupone un mínimo tratamiento racional, o bien que ni uno ni otro de estos apremios existe, posibilitando así la primera, la tercera o la segunda clase de hipótesis, respectivamente. Sostendré en primer lugar que en ciertos casos el método racional no presupone ningún tratamiento simbólico, en segundo lugar que el tratamiento simbólico siempre pre-

supone un mínimo tratamiento racional. Si esto es así, se debe optar por una versión cíclica de la tercera hipótesis.

2. LA CONTRIBUCIÓN DEL SIMBOLISMO AL TRATAMIENTO RACIONAL.

El dispositivo racional puede ser considerado como derivado de las conclusiones a partir de premisas: algunas de estas premisas son el **output** del dispositivo perceptual, otras son suministradas por la memoria. Para no citar más que dos ejemplos triviales y simplificados del procedimiento racional:

(4) Hay un sonido de timbre (premisa del dispositivo perceptual). Cuando se produce un sonido de timbre, alguien llama a la puerta (premisa de la memoria).

Alguien llama a la puerta (conclusión)

(5) Pedro mueve la cabeza de abajo a arriba (premisa de dispositivo perceptual).

El que mueve la cabeza de abajo a arriba responde afirmativamente a la pregunta que se le acaba de hacer (premisa de la memoria a largo plazo). Se le acaba de preguntar a Pedro si aún quería café (premisa de la memoria a corto plazo).

Pedro ha respondido afirmativamente a la pregunta para saber si aún quería café (conclusión).

El tratamiento simbólico podría contribuir (o incluso ser necesario) al tratamiento racional como medio para recuperar en la memoria a largo plazo aquellas proposiciones que puedan servir de premisas lógicas. Apenas hay razón para dudar que tales contribuciones tienen lugar y juegan un papel esencial en el pensamiento creador. Por ejemplo, podría describirse en estos términos uno de los procesos puestos en práctica en el hallazgo científico: en ciertos momentos, el investigador da rienda suelta a su espíritu a partir del problema que lo absorbe, dicho de otro modo, procede simbólicamente. Puede suceder que las consideraciones así traídas a colación, por controvertidas que puedan parecer a primera vista, suministren premisas para un nuevo procedimiento -y racional- de la cuestión. Más trivialmente, descubrir un nudo en el pañuelo desencadena una evocación simbólica que, si prospera, facilitará las premisas suplementarias a partir de las cuales el nudo podrá

ser explicado racionalmente. En ambos casos, una exploración suficientemente libre de la memoria proporciona una información que, cuando se combina con las proposiciones que ocupan el centro de la atención, acrecienta la comprensión: un cierto tratamiento simbólico es necesario para completar el análisis racional.

Estos dos ejemplos típicos son compatibles no sólo con la hipótesis del "simbolismo en primera instancia", sino también perfectamente (mejor diría) con las versiones cíclicas de las hipótesis (2) y (3). Intuitivamente, en estos ejemplos, la evocación simbólica se sitúa no antes del tratamiento racional sino entre dos de sus fases. La evocación juega el papel de una heurística para encontrar en la memoria una información que, a falta de mejor catalogación, escapa a la llamada directa, o en términos de Tulving y Pearlstone (1966), una información que es disponible pero no totalmente accesible. La necesidad de esta información, su designación aproximativa, la exploración interior que trata de encontrarla, se comprenden mejor como el resultado de una etapa anterior de tratamiento racional. Así el ejemplo del nudo en el pañuelo (simplificándolo) podría ser descrito como sigue:

(6) Hay un nudo en el pañuelo (premisa del dispositivo perceptual). Cuando hay un nudo en el pañuelo, es porque lo hice para recordarme de alguna cosa en el momento en que lo vea (premisa de la memoria a largo plazo).

Cuando yo hice este nudo quería recordarme de alguna cosa (conclusión)

¿De qué me quería recordar? (cuestión planteada por la conclusión).

Llegados a este punto, o bien la información movilizada en la memoria activa facilita la respuesta, o bien no existe ningún algoritmo, procedimiento secuencial utilizable que la haga rápidamente accesible. El mejor procedimiento consiste entonces en intentar recrear el "estado de ánimo" con el que se ha hecho el nudo; para llegar aquí es preciso seguir diferentes índices cronológicos, analógicos, etc., explorar diversas conexiones, poner a prueba algunas vagas sugerencias; en otros términos, la evocación simbólica es el procedimiento que conviene. Si esta descripción constituye una aproximación aceptable, entonces en este ejemplo al menos, el tratamiento simbólico **debe** seguir un tratamiento racional previo, y **puede**, si tiene éxito, provocar un tratamiento racional suplementario.

Consideremos en cambio los casos en que toda la información necesaria para el análisis racional está ya presente en la memoria activa. Es típicamente lo que sucede cuando el **input** corresponde a anticipaciones previas; en un caso semejante todas las premisas necesarias para deducir las conclusiones pertinentes a partir del input son ya accesibles y no es necesaria ninguna evocación simbólica. El ejemplo (4) antes citado es de este tipo: cuando se plantea una cuestión que demanda una respuesta de "sí" o "no", se anticipa un comportamiento que expresa convencionalmente una tal respuesta, se sabe qué consecuencias llevará consigo un comportamiento así y no es preciso ninguna exploración suplementaria de la memoria a largo plazo para decidir, por ejemplo, servir café a alguien que mueve la cabeza de abajo a arriba cuando se le pregunta si querría más.

Lo mismo sucede cuando una experiencia es familiar (corresponde a "esquemas" habituales -ver Bartlett, 1932, Neisser 1967, 1976, Norman y Rumelhardt, 1975 para diversos desarrollos de esta noción), ninguna evocación simbólica es necesaria: la identificación del estímulo facilita sin más a la memoria activa todo el segundo plano de información necesaria para un tratamiento racional. El ejemplo (4) es de este tipo: reconocer el sonido de su timbre facilita inmediatamente las premisas deseadas: el timbre suena cuando alguien lo acciona, el que acciona el timbre quiere que le abran la puerta, etc. Puede generarse un proceso de deducción bastante complejo sin que jamás sea necesario un procedimiento aleatorio de evocación simbólica.

Brevemente:

- Hay casos en los que la evocación simbólica facilita premisas cruciales para el análisis racional: podría sin embargo tratarse de **feed-back** más bien que de un fenómeno pre-racional.
- Hay casos en los que la información memorizada necesaria para el análisis racional es directamente accesible y en los que, por consecuencia, no se requiere ninguna evocación simbólica, ni para la puesta en marcha ni para el desarrollo del análisis racional.

Dicho de otra manera, por un lado ningún dato impone o incluso sugiere con firmeza considerar que el procedimiento simbólico es una condición previa

para el tratamiento racional. Por otra parte, hay datos que muestran que en ciertos casos el tratamiento racional no requiere ningún análisis simbólico previo.

3. EVOCACIÓN Y ASOCIACIÓN

3.1. Sostendré ahora que en todos los casos el tratamiento simbólico requiere un **mínimo** de análisis racional previo. En primer lugar intentaré mostrar por qué los análisis que no implican esta hipótesis no consiguen dar cuenta en ciertos datos muy generales.

En segundo lugar, propugnaré un análisis basado sobre esta hipótesis. Todo análisis del simbolismo debe responder a dos cuestiones fundamentales:

- ¿Qué estímulos constituyen el objeto de un tratamiento simbólico y bajo qué condiciones? (en lo sucesivo: "la cuestión de los estímulos").
- ¿Qué recuerdo se desencadena con tal estímulo, y bajo qué condiciones? (en adelante: "la cuestión de la evocación").

Las hipótesis que se pueden formular para responder a estas dos cuestiones están limitadas por diversos tipos de datos antropológicos y psicológicos.

Los antropólogos que se interesan por el simbolismo se sintieron inclinados más o menos a adoptar una estrategia inspirada en el asociacionismo clásico (ver C. Lévi-Strauss, 1962, a p. 130; V. Turner, 1967, p. 28). Parten de que las ideas se asocian entre sí según la semejanza y la contigüidad, que las ideas asociadas tienden a evocarse mutuamente y que una idea rica en asociaciones es particularmente susceptible de ser evocadora y evocada. En psicología experimental, hipótesis de esta naturaleza han sido rechazadas, o cuando menos modificadas, hasta el punto de llegar a ser difícilmente reconocibles (ver Anderson y Bower, 1973). Como este rechazo no ha ido acompañado de una teoría alternativa que tuviese en cuenta las asociaciones oníricas, poéticas o culturales, no es de extrañar que los psicoanalistas, los retóricos y los antropólogos continúen empleando los principios asociacionistas, aunque sea con otros términos. De este modo, tal vez no resulte vano

mostrar que los mismos datos de que se quiere dar cuenta son los mas idoneos para refutar estos principios.

3.2.1. El alcance psicológico de los datos antropológicos generalmente no suelen encararse.

La mayor parte de los humanos en la mayoría de las sociedades consagran una parte de su tiempo, de su energía y a veces de su riqueza a organizar ritos simples o complejos. En lo esencial, los efectos que tienen estos ritos se obtienen por la vía sesgada de un proceso de evocación simbólica desencadenada en el espíritu de los testigos y de los participantes. Incluso los antropólogos, para quienes los efectos indirectos sobre el status social, la cohesión de las sociedades y la explotación económica son los factores cruciales en la explicación de los ritos, deben basar sus análisis sociológicos sobre una hipótesis implícita de eficiencia psicológica. Esta eficiencia, a su vez, es entendida a partir de dos propiedades que se le atribuyen al simbolismo cultural: su **selectividad** y su **direccionalidad**.

La selectividad: en el abanico infinito de los estímulos disponibles, un conjunto limitado, acabado, pero sin embargo bastante variado se selecciona con fines rituales. Esto lleva a suponer que los estímulos seleccionados tienen un mayor potencial simbólico (es decir, una mayor posibilidad de desencadenar una evocación rica en matices).

La direccionalidad: ciertos estímulos diferentes son cuidadosamente seleccionados para ritos diferentes. El propósito expreso de estos ritos (por ejemplo provocar la lluvia) no es generalmente el de la fuerza de los medios adoptados. Por el contrario se puede suponer que ritos diferentes consiguen provocar evocaciones simbólicas diferentes. Para que esto ocurra, es necesario que al menos la dirección de la evocación (el área de la memoria a largo plazo que será explorada), si no el contenido exacto, sea más o menos determinada por las propiedades del estímulo.

Por más que estas dos observaciones sobre la selectividad y la direccionalidad puedan ser expresadas en otros términos, e incluso permanecer implícitas, todos los antropólogos que se ocupan de ritual las consideran como suyas. Son, si no suficientes, si al menos totalmente necesarias para dar

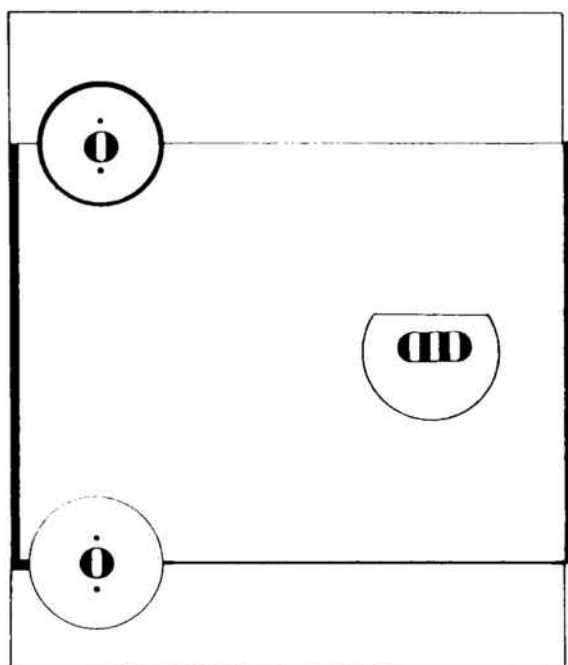
cuenta de la acción ritual (y más generalmente de todas las formas de comunicación simbólica -es decir de comunicación por la vía de la iniciación del destinatario de un proceso de evocación- no siendo el ritual en este sentido si no el caso más nítido).

En estas condiciones, no se debería de responder a la cuestión de los estímulos solamente en función del grado de atención intelectual (una atención relajada haia los estímulos rituales no incrementa su contenido simbólico -lo contrario parece más exacto-); conviene más bien caracterizar una clase de estímulos (o de parejas: estímulos-condiciones) como sistemáticamente simbólicos.

No podría responderse a la pregunta de la evocación ateniéndose a factores idiosincrásicos (tales como el interés del sujeto); conviene más bien caracterizar una relación sistemática entre el estímulo y, si no el contenido exacto, al menos la dirección de la evocación.

3.2.2. Estas limitaciones impiden que se pueda dar cuenta de la evocación simbólica en términos de asociaciones basadas en la contigüidad y en la semejanza. Una tal descripción acarrearía dos suposiciones: primeramente, los estímulos muy frecuentes o muy triviales, y que participan en un gran número de relaciones de contigüidad o de semejanza, deberían ser mucho más evocadores que los estímulos provenientes de lo ordinario; en segundo lugar, las representaciones que más posibilidades tiene un estímulo de evocar deberían ser las más contiguas o las más semejantes al mismo. Estas dos suposiciones se ven radicalmente invalidadas por el simbolismo cultural. Así los animales raros como el armadillo (Cfr. Mary Douglas, 1957) o el casuario (Cfr. Ralph Bulmer, 1967), deberían ser considerados como estímulos simbólicos pobres comparados con los mamíferos y los pájaros cotidianos; por el contrario, se trata de animales muy simbólicos (Cfr. Sperber, 1975 a, para una discusión del problema). Por otra parte: los leones se ven con mayor frecuencia al lado de leonas a las que se asemejan más, que al lado de los guerreros valerosos, que son los generalmente evocados, etc.

Dicho de otro modo, tener un gran número de asociados en términos bien sea de contigüidad, sea de semejanza, no es ni necesario ni suficiente para conseguir un poderoso estímulo simbólico. Ser un asociado próximo de un estímulo



lo no es ni necesario ni suficiente para ser evocado por él.

3.3.1. Si los asociacionistas clásicos han podido subestimar la selectividad y la direccionalidad de la evocación, los antropólogos serían más bien propensos a sobrevalorarlas y a descuidar ciertas consideraciones que sugieren los datos experimentales e introspectivos. Por ejemplo:

- Todo estímulo puede provocar una evocación, en determinadas condiciones.
- Toda representación puede ser evocada por cualquier estímulo, en determinadas condiciones.

La primera consideración se ve ilustrada por la libre asociación: la condición suficiente para que un estímulo cualquiera provoque una evocación la aporta la simple decisión de asociar libremente. La segunda consideración viene ilustrada por el éxito de las técnicas mnemónicas basadas en la asociación deliberada: se le da la orden a un sujeto de asociar dos estímulos arbitrarios formando una imagen o una historia; más tarde la presentación de uno de los estímulos facilitará la rememoración del otro (Cfr. por ejemplo Miller, Galanter y Pribram, 1960, cap. X). Incluso sin instrucciones, muchos sujetos tienden espontáneamente a construir asociaciones con fines mnemónicos.

Entre las evocaciones ocasionales e idiosincrásicas de la libre asociación o de la rememoración auxiliada, y las asociaciones más ampliamente compartidas y más regulares del simbolismo ritual, existe un abanico ininterrumpido de fenómenos intermediarios (por ejemplo en poesía o en las artes plásticas).

Dejando a un lado este diferente grado de idiosincrasia, no existe un argumento empírico que pueda hacer pensar que el simbolismo cultural y la evocación individual se originen a partir de mecanismos mentales diferentes. Los antropólogos deberían pues rechazar los modelos del simbolismo que no son compatibles con los datos experimentales de las asociaciones.

Estas consideraciones psicológicas ejercen fuertes coacciones sobre cualquier concepción del simbolismo que estuviese por otra parte basada en datos antropológicos: se puede descartar de entrada toda "gramática" del simbolis-

mo, es decir, todo modelo del simbolismo concebido como un género de lenguaje.

3.3.2. La idea de una gramática del simbolismo es tentadora, pues facilitaría inmediatamente el marco de una respuesta al problema de los estímulos y al de la evocación.

Por definición y en principio, debería ser posible formalizar una gramática del simbolismo similar a la que origina, a partir de un conjunto ilimitado de axiomas y de reglas, un conjunto finito o infinito de parejas en el que el primer elemento estuviera formado por la representación de un estímulo y el segundo elemento por la representación de una evocación. La respuesta general a la cuestión de los estímulos sería entonces: un estímulo sufre un tratamiento simbólico si y sólo si corresponde al primer elemento de una de las parejas gramaticales. La respuesta general a la cuestión de la evocación sería: la evocación provocada por un estímulo particular viene especificada por el segundo elemento de la pareja gramatical apropiada; cuando un estímulo se manifiesta en muchas de estas parejas, resultan posibles muchas evocaciones. En estas condiciones, responder de manera más precisa a las dos cuestiones fundamentales y hacer predicciones detalladas se reduciría a desarrollar una gramática.

Sin embargo, puesto que todo estímulo puede ser evocador, todos los estímulos psicológicos posibles deberían ser engendrados como primeros elementos de las parejas gramaticales; y puesto que toda representación memorizada puede ser evocada por cualquier estímulo, debería haber al menos para cada estímulo tantas parejas como representaciones hay en la memoria del sujeto en cuestión. Nos encontramos aquí ante un puro absurdo. Ni desarrollos, ni enmiendas conseguirán que la noción de una gramática del simbolismo pueda ser entendida de otro modo que como una metáfora, y una metáfora engañosa.

3.3.3. Más que un modelo propiamente gramatical (cuyas construcciones formales no han sido siempre bien comprendidas), los antropólogos han desarrollado diferentes versiones de lo que se podría llamar el "asociacionismo cultural". Esta concepción conlleva tres hipótesis explícitas o implícitas; se supone que: primeramente, los humanos tienen una aptitud general para construir asociaciones sobre la base de la contigüidad o de la semejanza y a

servirse de ella; en la rememoración, tal como lo describen los asociacionistas clásicos; en segundo lugar, un subconjunto limitado de estas asociaciones se aprende en el marco de la adquisición de la cultura; en tercer lugar, los sujetos se habitúan a dar preferencia a estas asociaciones culturales cada vez que el estímulo adecuado se presenta, es decir, particularmente ante acontecimientos culturales. En otros términos, parece utilizarse una parte limitada y compartida del esquema individual de asociaciones en contextos culturalmente prescritos. La respuesta a las cuestiones de los estímulos y de la evocación vendría dada por el grupo cultural mismo y asimilada por los individuos socializados en dicho grupo.

El asociacionismo cultural escapa a los escollos del asociacionismo elemental considerado anteriormente (que no puede dar cuenta de la selectividad de los estímulos y de la direccionalidad de la evocación) y a los de las concepciones pseudo-gramaticales (que no puede admitir el hecho de que todo estímulo puede ser evocador y evocar cualquier representación). Sin embargo, el asociacionismo cultural acarrea y debe acarrear pesadas e injustificadas hipótesis sobre el aprendizaje del simbolismo. En los trabajos de Víctor Turner (1967, 1969, etc.) por ejemplo, se supone de una parte que el tipo de exégesis que es transmitido a veces en ciertas sociedades aporta las asociaciones deseadas para "dar un sentido" a los símbolos culturales, y de otra parte, de la manera como se habla de los símbolos y como se los emplea juega en el aprendizaje el papel de exégesis cuando ésta falta. Es difícil concebir cómo un asociacionismo cultural podría prescindir de semejantes hipótesis. Ahora bien, tal como he tratado de mostrar largamente (Sperber, 1974, cap.II), no sólo las exégesis son raras y fragmentarias, sino que, además, ellas mismas requieren al igual que los símbolos ser interpretadas simbólicamente. Yo he sostenido además que si las reglas de uso de los símbolos y los demás datos periféricos pueden ser considerados como equivalentes a las exégesis, es porque también demandan ser interpretadas. La exégesis y todos estos otros fenómenos son estímulos evocadores más bien que representaciones evocadas. En resumen, sólo una mínima parte del simbolismo cultural es objeto de enseñanza, y esta enseñanza es en sí misma simbólica. En estas condiciones, el único mecanismo de aprendizaje que puede intervenir (a menos que se ponga en duda la perspectiva asociacionista), es la construcción y el afianzamiento de asociaciones a partir de la contigüidad y de la semejanza. Los asociacionistas culturales supondrán que ciertas asociaciones particula-

res son suscitadas en un contexto cultural estableciendo contigüidades deseadas y poniendo el acento sobre semejanzas pertinentes. Pero, repitámosto, ninguna manipulación cultural podrá invertir el hecho de que un león sea a la vez más generalmente contiguo y más semejante a una leona o a un cachorro de león que a un héroe guerrero. En esta concepción, no existe apenas medio de escapar a la predicción de que los asociados más próximos a un estímulo en término de contigüidad y de semejanza tienen la máxima probabilidad de ser evocados. Cuando esta suposición puede ser confrontada con los datos experimentales, o introspectivos, se revela generalmente falsa, y cuando no puede ser sometida a prueba y se la considera como una hipótesis válida, a menudo resulta incapaz de explicar los fenómenos culturales que al principio había pretendido explicar.

3.4. Para resumir esta sección:

- La respuesta a la cuestión de los estímulos debe tener presente a la vez el hecho de que todo estímulo puede a veces provocar una evocación y el hecho de que ciertos estímulos provocan casi siempre una.
- La respuesta a la cuestión de la evocación debe tener en cuenta al mismo tiempo el hecho de que toda representación puede ser evocada por cualquier estímulo y el hecho de que diferentes estímulos difieren respecto a las representaciones que son susceptibles de evocar.

Cabría la posibilidad de pensar que estas exigencias deberían precisamente ser satisfechas por el tipo de tratamiento probabilístico que permite la noción de "fuerza de asociación". Pero no es este el caso. En la medida en que ciertas predicciones pueden ser formuladas sobre la base del número y de la fuerza de las asociaciones, no encuentran la corroboración empírica deseable. Suponer que existe un privilegio culturalmente asignado a asociaciones seleccionadas, no mejora por su parte radicalmente la cualidad de las predicciones, incluso si determinados hechos interesantes son realizados.

Generalizando, pues:

- El conocimiento de las asociaciones anteriores no es suficiente para predecir qué estímulo tiene más posibilidades de ser tratado simbólicamente.

- El conocimiento simultáneo de un estímulo y de sus asociaciones anteriores no es suficiente para predecir qué evocaciones tienen más posibilidades de ser suscitadas.

4. EVOCACIÓN Y CONTEXTO

4.1. Además del estímulo y sus asociaciones anteriores, ¿qué sería necesario conocer para predecir si se van a producir evocaciones, y cuáles? Incluso los asociacionistas coincidirían en esto: la evocación es una función no sólo del estímulo y de las asociaciones anteriores, sino también del "contexto". Lo necesario, es conocer el contexto. Pero en general las referencias al contexto sirven para dejar diversas cuestiones en suspenso, y, en esta perspectiva, el estudio del simbolismo no es una excepción. Ahora bien ¿qué importancia tienen las cuestiones así desechadas?

Si a partir de las asociaciones anteriores una clase limitada de posible evocación podía ser emparejada con un estímulo dado, y si el contexto no tenía más función que la de efectuar una última selección, entonces, en efecto, podía momentáneamente bastar con una vaga alusión al papel del contexto. Pero he intentado mostrar que las asociaciones anteriores no limitan de ninguna manera la clase de las evocaciones posibles. En estas condiciones, la selección contextual opera sobre todo el abanico de las evocaciones disponibles en la memoria y la fuerza de las asociaciones no juega en el mejor de los casos más que un papel auxiliar; de este modo la cuestión dejada en suspenso es central en tanto que la estudiada celosamente resulta marginal. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué los que estudian el simbolismo se limitan corrientemente a mencionar de pasada la importancia del contexto y no buscan jamás explicitar los mecanismos psicológicos de la selección contextual?

Para una parte al menos la respuesta es clara: al hablar vagamente del "papel del contexto" se minimiza el problema y se pospone indefinidamente el cuestionamiento de las hipótesis fundamentales, que no dejaría de suscitar el estudio de la selección contextual. En efecto, hablando con exactitud, no es el contexto sino la **representación** intelectual del contexto la que es susceptible de ejercer un efecto directo sobre el tratamiento simbólico. La representación del contexto no proviene exclusivamente de la percepción sino

que consiste más bien en integrar diversas identificaciones perceptibles con conocimientos y anticipaciones anteriores en un todo lógicamente coherente. En otros términos, el único modo en que el "contexto" pueda intervenir en los procesos conceptuales tales como el proceso simbólico, es por la síntesis, operada por el dispositivo racional, de una variedad de informaciones. Pero entonces reconocer el papel del contexto y tratar realmente de explicarlo significaría admitir que el tratamiento racional es una condición previa de la evocación simbólica; ni los asociacionistas clásicos, ni los asociacionistas culturales están dispuestos a ello: su postulado fundamental es que la evocación simbólica precede a la comprensión racional. Todas las insuficiencias que he intentado subrayar avalan este postulado y el rechazo (o la incapacidad) que conlleva el tomar seriamente en consideración el papel del pensamiento racional en la selección contextual de las evocaciones. Me parece que el reiterado fracso de generaciones de investigadores en el intento de contruir una teoría un tanto explícita del simbolismo sobre la base de este postulado es un argumento suficiente para tratar de abstenerse de ello.

4.2.1. Comparar:

- (7) (a) el vino llamado "vino"
(b) la sangre llamada "sangre"
(c) el vino llamado "sangre"

- (8) (a) encender un puro con una cerilla
(b) comprar un puro con un billete de banco
(c) encender un puro con un billete de banco

- (9) (a) una gallina que cacarea
(b) un gallo que canta
(c) una gallina que canta

- 10) (a) el número 1247 de un periódico
(b) un cheque de 1000 francos
(c) el número 1000 de un periódico.

En estos cuatro ejemplos los casos (c) parecen tender a ser más simbólicos (más susceptibles de provocar una evocación rica) que los casos (a) y (b). El "estímulo" o el "símbolo" está presente en los casos (b) pero no llegan a ser propiamente simbólico más que dentro del contexto del género (a). Se podrá encontrar o imaginar numerosos ejemplos parecidos. ¿Qué tienen en común? Hay algo que podría ser considerado como incongruente, paradójico o sorprendente en la relación entre un elemento particular y su contexto. Es de destacar que la relación no ha de ser particularmente improbable: el número 1000 de un periódico no es menos probable que el número 1247. No tiene por qué sorprendernos: oír que el vino es llamado sangre guarda sin duda relación con la misa. No tiene por qué ser misterioso: los nuevos ricos se encienden su puro con un billete de banco resultan muy transparentes. No tiene por qué ser nunca intencionalmente chocante: la gallina que canta lo hace sin malicia. Todo lo que se puede decir, es que en cada uno de estos ejemplos un problema intelectual suplementario es suscitado por los casos (c) si se los compara con los casos (a) y (b). Aún cuando se espera que el vino sea llamado sangre en la misa, se confía mucho más generalmente y útilmente en que las palabras sean utilizadas según su sentido, y esta espera resulta cuestionada. La cuidadosa negligencia de nuevos ricos es difícil de interpretar como el comportamiento inintencionado que esperan mostrar. Una gallina que canta cuestiona el buen sentido zoológico. El ejemplo (10), aunque muy vulgar, es también más sutil: el número de entrega de un periódico es comparable a un nombre propio que comportará además un elemento semántico expresión del orden de salida. No tiene como misión manifestar una cantidad. Para comprender la cantidad expresada por un número como "1247", debe realizarse un esfuerzo de análisis aritmético, lo que no tiene razón de ser cuando el número es utilizado ordinalmente. La información aprehendida al ver el número "1247" en la primera página del periódico es la información impertinente y nada más: indica la entrega siguiente al número 1246 y que precede al número 1248. Ahora bien, cuando el número es "1000" es difícil no captar la cantidad expresada. Tenemos un concepto no analizado (aunque ciertamente analizable) de "mil" pero no de "mil doscientos cuarenta y siete". Cuando una información verbal (o numérica) nos es transmitida oralmente o por escrito, el tratamiento racional al que la sometemos consiste en establecer su pertenencia (cfr. Sperber y Wilson, en preparación). En el caso presente, atribuir una pertinencia a la cantidad involuntariamente aprehendida resulta problemático.

Así en los cuatro casos (c) la tarea correspondiente al dispositivo racional tiende a ser mucho más costosa que en los casos (a) y (b). Esta observación puede generalizarse cuando se trata de contestar al problema de los estímulos:

- Cada vez que la representación perceptiva de un estímulo adicional en un contexto dado no pueda ser tratada de manera completa a partir de los recursos accesibles al dispositivo racional en ese momento, se estará efectuando un tratamiento simbólico.

Dicho sea de otro modo: cuando el dispositivo racional no puede elaborar una síntesis adecuada a partir de las informaciones facilitadas por el dispositivo perceptual, de una parte, y de las informaciones memorizadas accesibles directamente, de otra, se está llevando a cabo una exploración no secuencial de la memoria a largo plazo en busca de premisas complementarias. Es esta exploración la intuitivamente percibida como una evocación: la conciencia de búsqueda más que de informaciones revisadas.

4.2.2. Esta descripción implica diversas predicciones generales:

Si es correcta, en efecto, dos tipos de factores afectarán a la probabilidad de una evocación: por un lado la compatibilidad de la información para tratar con los parámetros o los esquemas de interpretación racional disponibles para el individuo. Por otro, los recursos intelectuales efectivamente estimulados o accesibles en el momento en que la información se presenta. De donde la hipótesis:

- Cuando una información cuestiona los principios sobre los que se fundamenta un sistema cognitivo, será tratada simbólicamente, cualquiera que sea el grado de atención intelectual.

Me atrevería a sostener que esta primera predicción se ve corroborada por la mayor parte del simbolismo cultural: lo sobrenatural, la causalidad mística, los misterios religiosos desafían los principios cognitivos fundamentales y no escapan al tratamiento simbólico. Se repite en la perspectiva inversa: si la hipótesis de que un recargo del dispositivo racional provoca un tratamiento simbólico es exacta, entonces no debe sorprender que esta vulnerabi-

lidad psicológica haya sido utilizada sociológicamente de la manera más segura: mediante una irracionalidad sistemática. La selectividad del simbolismo cultural debería explicarse desde esta perspectiva.

Como segunda hipótesis:

- Cuando el grado de atención intelectual es muy bajo, la mayor parte de las informaciones tratadas tienden a recargar el dispositivo racional y, por consiguiente, a provocar una evocación simbólica.

Yo sugeriría que esta suposición pudiese ser corroborada por "ciertos sueños y ciertos estados de desorganización mental" tales como los estados hipnagógicos estudiados por Silberer (1909). Más trivialmente, esta predicción abre una alternativa en la explicación de los datos introspectivos según los cuales cuanto más débil es el grado de atención intelectual, mayor es el carácter simbólico del desarrollo del pensamiento. Estos datos son habitualmente considerados como cruciales para justificar la concepción según la cual el tratamiento simbólico sería "primario" y anterior al tratamiento racional. Ahora bien, estos datos corroboran además, si no mejor, la concepción opuesta aquí defendida: si el tratamiento simbólico es provocado por un recargo del dispositivo racional, entonces cuanto menos capaz se sea de operar en un momento dado el dispositivo racional, tanto más será requerido el dispositivo simbólico.

Como tercera hipótesis:

- Cuanto más numerosos y adecuados sean los esquemas que un sujeto puede utilizar en la interpretación de las informaciones sobre las que centra su atención, menos inclinado se sentirá a interpretarlas simbólicamente.

Nuevamente, esta hipótesis abre una alternativa en la explicación de la supuesta importancia del simbolismo en el pensamiento de las sociedades tecnológicamente primitivas de una parte, y de los niños, de otra. El desarrollo de los conocimientos científicos y técnicos multiplica las posibilidades de interpretación y de interacción racionales con el entorno. De este modo se atenúa la posibilidad de que informaciones externas recarguen el dispositivo racional y sean interpretadas simbólicamente. Sin embargo este proceso his-

tórico es lento y marginal. Más espectacular es el caso de los niños: interiorizan rápidamente un gran número de esquemas adaptados que facilitan el tratamiento racional de la información y así disminuyen los riesgos de un recargo y la probabilidad por tanto de un tratamiento simbólico.

Según la concepción tradicional, en la historia de la humanidad, exactamente igual que en la del individuo, la racionalidad iría adquiriéndose de forma progresiva y tendería a reemplazar los procesos simbólicos; según la concepción aquí esbozada, no es la racionalidad, sino los conocimientos sólo los que son adquiridos; estos conocimientos son organizados en esquemas que permiten al individuo tratar una mayor cantidad de información por medio de un dispositivo racional del que dispone desde el principio. Se reduce así el abanico de los estímulos que reciben automáticamente un tratamiento simbólico. De ello no se desprende que la parte global del pensamiento simbólico deba disminuir puesto que depende también de otros factores tales como el nivel de atención, los intereses individuales y culturales, etc... El desarrollo de los esquemas racionales hace posible esta disminución pero no necesaria.

No hay ninguna razón a priori para preferir la concepción empirista clásica a la concepción racionalista; solamente consideraciones empíricas tales como la validez de las predicciones pueden zanjar el asunto. Yo he pretendido mostrar que, en relación con el tema de los estímulos, todas las predicciones válidas implicadas en la concepción empirista lo están también en la concepción racionalista, que algunas predicciones falsas son sólo inherentes a la concepción empirista, y finalmente que otras predicciones válidas son exclusivamente propias de la concepción racionalista que en este sentido se adopta. Intentaré ahora mostrar que sucede lo mismo con el problema de la evocación.

4.3.1. Cuando durante la misa, el vino es llamado "sangre", ni los asociados próximos del vino ni los de la sangre, ni sus asociados comunes (otros líquidos rojizos, por ejemplo) tienen demasiadas posibilidades de ser recordados. Lo que probablemente se evocará (entre otras posibilidades) es un orden de realidad transcendente en que el testimonio de los sentidos dejará de ser fiable, donde un poder superior parece capaz y deseoso de transmutar las sustancias. En otros términos, se evocan premisas suplementarias tales que,

al aceptarlas, resulta tener sentido llamar al vino "sangre".

Cuando alguien enciende un puro con un billete de banco, lo que tal vez se sugiere es un grado tal de riqueza, y una tal indiferencia hacia la situación de la gente común, que el uso de un billete como cerilla no es más digno de ser tenido en cuenta que el uso de una cerilla como mondadientes. Dicho de otro modo, el uso sorprendente de un billete de banco evoca premisas suplementarias tales que, de aceptarlo, sólo resta como sorprendente, la sorpresa que se había experimentado primeramente.

La gallina que canta como un gallo no significa gran cosa para los intelectuales de hoy, pero no sucedería lo mismo con los campesinos europeos tradicionales. Si se juzga a partir de los comentarios indígenas reseñados por Sébillot (1906, vol. III, pp. 222-223), esta anomalía evocaba casualmente, analógicamente o de las dos formas a la vez: la gallina había copulado con un reptil, sus huevos contenían serpientes, o bien el dueño de la casa estaba dominado por su mujer, o se estaba gestando una querrela doméstica, o alguien iba a morir (en este último caso la analogía sería: el canto del gallo es a la vida, como el de la gallina es a la muerte). Sin duda, además de estas exégesis tradicionales, podían intervenir otras representaciones, pero la orientación es muy clara: lo que se evoca, es un conjunto de premisas suplementarias tales como el canto aislado e inesperado de la gallina en medio de una concatenación de presagios.

El número mil de un periódico evocará por ejemplo el pasado, la cantidad de papel impreso, el trabajo realizado, como si de este modo se hubiese franqueado un umbral preciso. Así se evocan premisas suplementarias que proporcionarían una pertinencia a una cantidad expresada accidentalmente por un número ordinal y que no se puede menos que subrayar. Hay que advertir que, al contrario, para transformar un número cardinal en simbólico, basta con atribuirle cualidades ordinales notables: por ejemplo, Las mil y una noches, un título que sugiere que la última noche es particularmente importante, sugerencia que no se desprendería ni de las "mil noches", ni de las "mil doscientas cuarenta y siete noches".

Lo que estos cuatro ejemplos tienen en común puede ser, me parece, generalizado para responder al problema de la evocación:

- Cuando el dispositivo racional está sobrecargado, el tratamiento simbólico así provocado consiste en buscar a partir de informaciones disponibles en la memoria a largo plazo premisas suplementarias que, de haber sido accesibles de golpe, habrían permitido un tratamiento racional completo del **input** inicial.

En esta estrategia, tres factores al menos contribuyen a determinar el contenido de la evocación: el **input** del dispositivo racional, el estado de este dispositivo, y el contenido y la organización de la memoria a largo plazo.

Yo no he tomado en cuenta aquí más que un solo tipo mayor de **input** del dispositivo racional: las informaciones perceptualmente tratadas. Ahora bien, otros dos tipos de **input** al menos deberían ser tenidos en cuenta: de una parte, las descodificaciones gramaticales de ondas sonoras (o de otros tipos de señales lingüísticas); en este caso el **input** del dispositivo racional es una representación semántica, es decir, una variable proposicional (cfr. Sperber, 1975 b, Sperber y Wilson, (en preparación)); de otra parte, el feed-back del dispositivo simbólico, es decir, las premisas adicionales simbólicamente rememoradas que están a su vez sometidas al dispositivo racional y pueden plantear un nuevo problema, solicitan una nueva evocación (he sugerido -cfr. Sperber 1974, cap. V- que tales evocaciones en cadena podrían ser fundamentales para comprender tanto el simbolismo cultural como el simbolismo de los sueños).

Cualesquiera que sean los **inputs** del dispositivo racional, ya sean perceptuales, lingüísticos o endógenos, los **outputs** del dispositivo racional susceptibles de convertirse en **inputs** del dispositivo simbólico son siempre de la misma naturaleza: el dispositivo simbólico recibe representaciones conceptuales defectuosas provenientes del tratamiento racional incompleto de **inputs** problemáticos.

El segundo factor que determina la evocación después del **input** del dispositivo racional es el estado momentáneo de este dispositivo: según las premisas accesibles sobre la marcha, o bien el **input** recibe un tratamiento racional completo, o bien la búsqueda de premisas complementarias tomará una dirección particular. La dirección de la evocación dependerá de la naturale-

za del problema intelectual suscitado. Cuando se trata de un desafío a los principios cognitivos fundamentales, como sucede regularmente con el simbolismo cultural, la dirección de la evocación es bastante previsible; tenemos aquí un elemento más para explicar la selectividad y la direccionalidad del elemento cultural. Cuando, por el contrario, el problema se debe a idiosincrasias cognitivas, o a una laxitud intelectual, la dirección de la evocación es mucho menos previsible; este género de disposición a evocar no es aprovechada culturalmente (como en ciertos ritos de iniciación) o potenciada (como en numerosas actividades artísticas) más que por sociedades que buscan un alto nivel de individualidad.

Aún cuando el sentido del simbolismo está fuertemente marcado, o, en otros términos, cuando la focalización de la evocación es precisa, el contenido exacto de la evocación no es siempre previsible. En efecto, además del *input* inicial del dispositivo racional y el estado de éste, un tercer factor juega un papel crucial para determinar la evocación: el contenido de la memoria a largo plazo. Las premisas complementarias deben ser reconstruidas o construidas a partir de la información disponible en la memoria a largo plazo, información que varía notablemente de un individuo a otro. Según la descripción propuesta aquí, incluso en el caso del simbolismo cultural más coordinado no se puede suscitar una respuesta estereotipada. La evocación es una utilización individualmente creadora de la memoria, y si en cierta medida puede ser manipulada, es sólo en lo relativo a la dirección, no en lo tocante a su contenido preciso.

Hay un aspecto que yo quisiera subrayar: la facilidad con que los seres humanos aceptan sistemas simbólicos diversos y raros en función de su medio de origen, ha servido regularmente de argumento para mostrar lo maleable que puede ser el espíritu humano. Ahora bien, si la tesis aquí defendida es correcta, las representaciones simbólicas son interiorizadas no como conocimientos ordinarios, sino, por así decir "entre comillas", no como pensamientos, sino como puntos de partida de la evocación, como sustento del pensamiento. Del hecho de que los miembros de un mismo grupo social adopten las mismas "creencias", no se desprende que tengan los mismos pensamientos. Las descripciones etnográficas que se dan sobre un "fulano piensa que ..." deben leerse con ojo crítico. El simbolismo cultural sobre el que se quería apoyar el argumento para una concepción behaviorista y manipuladora de la espe-

cie humana, se comprende mejor considerándolo fundado en la capacidad de explorar su memoria de manera creadora y sólo abierto a manipulaciones limitadas e inciertas.

Además de estos tres factores: el **input**, el estado del dispositivo racional y el contenido de la memoria a largo plazo, se podría sostener que un cuarto factor tiene un papel que jugar: la red de las asociaciones. Una vez que las insuficiencias del dispositivo racional han creado una demanda, una vez que el abanico de información en la memoria a largo plazo ha sido focalizado, es posible que, en este abanico, las vías asociativas tengan preferencia. Sin embargo, aún cuando se desarrolle la concepción aquí presentada de manera que incluya las consideraciones asociacionistas, se llegaría a hipótesis radicalmente diferentes de las del asociacionismo clásico.

4.3.2. Generalmente los asociacionistas se contentan con una predicción: entre un estímulo y su evocación se da un vínculo asociativo. Más aún que los psicólogos y los antropólogos, los retóricos se han consagrado desde Aristóteles a demostrarlo. Ahora bien, esta tesis es trivialmente verdadera: no sólo entre un estímulo y la representación que evoca, sino que entre toda pareja de representaciones cualesquiera, se dan siempre varias relaciones de contigüidad, de semejanza, o de ambas a la vez. No sucedería lo mismo si se impusiesen fuertes exigencias a las nociones de contigüidad y de semejanza (por ejemplo suprimiendo el carácter transitivo de estas relaciones). Pero, que yo sepa, no se ha propuesto jamás ninguna limitación que hiciera las suposiciones asociacionistas menos trivialmente ciertas sin al mismo tiempo volverlas falsas. Hay que observar aquí más bien, el resultado de una imposibilidad antes que de una negligencia.

Hay no obstante una segunda predicción implicada en todo el proceso de la teoría asociacionista y de la que no se ve claro cómo podrían dejar de suscribirla: cuanto mayor es la contigüidad o la semejanza, tanto más fuerte será la asociación, y mayor la probabilidad de una evocación mutua. Yo he sostenido que esta hipótesis era trivialmente falsa.

Mientras que el asociacionismo debe suponer que los asociados más próximos de un estímulo constituyen sus evocaciones más probables y que los factores contextuales pueden desarrollar entre ellos una última selección, la concep-

ción racionalista propuesta aquí implica una suposición inversa: las representaciones pertinentes en el contexto constituyen las evocaciones más probables; tal vez el grado de asociación al estímulo contribuya a una última selección entre ellas, pero es posible que ninguna de las representaciones pertinentes en el contexto esté estrechamente asociada al estímulo. Por lo tanto las dos predicciones resultan totalmente diferentes. La hipótesis racionalista no es objeto de las críticas dirigidas contra las dos hipótesis asociacionistas: no es ni trivialmente verdadera, ni trivialmente falsa; por lo tanto debe tener preferencia.

5. CONCLUSION

El hecho de que en condiciones apropiadas cualquier estímulo pueda evocar cualquier representación descarta toda gramática o todo modelo de tipo gramatical del simbolismo. Por otro lado, no es posible dar cuenta en simples términos asociacionistas de la selectividad y de la direccionalidad del simbolismo. Cuando se intenta, como en el caso del asociacionismo cultural, encontrar una vía media entre las excesivas cortapisas de un modelo gramatical y las normas demasiado vagas de un modelo asociacionista, se descubre que no sólo el poder, sino también la naturaleza de las imposiciones debe ser reconsiderada. La interpretación simbólica no consiste en encontrar o en reconstruir un lazo fuerte o débil entre una señal y una significación; se trata más bien de una forma particularmente creadora de solucionar un problema. La principal restricción que pesa sobre la resolución de un problema radica en el propio problema; la principal fuente de limitación es la instancia que define el problema a resolver. En el caso presente, el problema consiste, a grandes rasgos, en encontrar o imaginar premisas complementarias que deberían permitir tratar a fondo un **input** formado por una información sólida. Para definir el problema particular planteado por cada información, es necesario un dispositivo capaz de sintetizar los diversos **inputs**, evaluarlos en función de esquemas accesibles, y, si éstos últimos no son suficientes para dicha tarea, definir qué tipo de premisas complementarias debe buscar. Estas aptitudes son propias del dispositivo racional. No hay apenas razón para pensar que se den por partida doble en el dispositivo sim-

bólico, cuando es mucho más sencillo suponer que un mínimo de tratamiento racional precede a todo tratamiento simbólico. En otros términos, las constricciones que pesan sobre la evocación simbólica son exactamente las mismas que impondría un tratamiento racional; los problemas simbólicamente tratados son los mismos que suscitaría un tal dispositivo. En estas circunstancias, conviene tener en cuenta que el ciclo de interacción entre el tratamiento simbólico y el tratamiento racional es ensamblado por éste último. Si tal es el caso, debe tenerse en cuenta que el pensamiento simbólico no debería ser considerado pre-racional, ni filogenética, ni ontogenéticamente, ni en ningún otro sentido.

BIBLIOGRAFIA

- ANDERSON (J.R.) y BOWER (G.H.): **Human Associative Memory**, Washington D.C., Halsted Press, 1973.
- BARLETT (F.C.): **Remembering**, Cambridge, Cambridge University Press, 1932.
- BULMER (R.), "Why is the cassowary not a bird? A problem zoological taxonomy among the Karam of New Guinea Highlands", *Man*, 2 (1): 5-25, 1967.
- DOUGLAS (M.): "Animals in Lele religious thought", *Africa* 27 (1): 46-58, 1957
- LEVI-STAUB (C.), **Le Totémisme aujourd'hui**, P.U.F., 1962 a. (El totemismo en la actualidad, México, FCE., 1965). Id. **La pensée sauvage**, Paris, Plon, 1962 d. (El pensamiento salvaje, México, FCE.).
- LEVY-BRUHL (L.): **Les Fonctions mentales dans les sociétés inférieures**, Paris, Alcan, 1910. Id. **La Mentalité primitive**. Paris, Alcan, 1922 (La mentalidad primitiva, Barcelona, Edic. Península).
- MILLER (G.A.), GALANTER (E.) y PRIBRAM (J.H.): **Plans and the Structure of Behaviour**, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1960.
- NORMAN (D.A.), RUMELHART (D.E.), y el LNR Research Group: **Explorations in Cognition**, San Francisco, Freeman, 1975.
- NEISSER (U.): **Cognitive Psychology**, New York, Appleton-Century-Croft, 1967 (Psicología cognitiva, Buenos Aires, Trillas). Id. **Cognition and Reality**, San Francisco, Freeman, 1976.
- PIAGET (J.): **La Formation du Symbole chez l'enfant**, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1968 (La formación del simbolismo en el niño, México, FCE.).
- SEBILLOT (P.): **Le Folklore de France**, Paris, 1906.
- SIBERER (M.): "Bericht ueber eine Methode, gewisse symbolische Halluzination-Erscheinungen hervorzurufen und zu beobachten", *Jb. Psychoan. Psychopath. Forsch.*, 1: 513, 1909.
- SPERBER (D.): **Le Symbolisme en général**, Paris, Hermann, 1974 (El simbolismo en general, Barcelona, Promocion Cultural) Id. "Pourquoi les animaux parfaits, les hybrides et les monstres sont-ils bons à penser symboliquement?", *L'Homme*, XV, 2: 5-24, 1975 a. Id. "Rudiments de rhétorique cognitive", *Poétique*, 23: 384-415, 1975 b.
- SPERBER (D.) y WILSON (D.): **L'Interprétation des énoncés** (de próxima aparición)

TULVING (V.) y PEARLSTONE (Z.): "Availability versus accessibility of information in memory for words", **J. of Verbal Learning and Verbal Behaviour**, 5: 381-391, 1966.

TURNER (V.): **The Forest of Symbols**, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1967 (**La selva de los símbolos**, Madrid, Siglo XXI, 1980). Id. **The Ritual Process**, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1969 (**El proceso simbólico**, Lima, Universidad Católica de Perú).

